Teología y Catequesis 3 (1982) 309-335

EL CATEQUISTA Y SU FORMACION EN ESPAÑA, HOY*

ANTONIO CAÑIZARES LLOVERA

Es un tópico ya hablar del dinamismo y vitalidad que se observa, generalmente, en el campo de la catequesis en España. Sus resultados y logros dependerán, en buena parte, de los catequistas. Son muchos miles —algunos dan las cifras de más de 200.000— los que están embarcados en esta tarea. Nos urge conocer cual es la situación, lo más fiablemente posible, de estos catequistas y con qué formación se encuentran.

Ese es el objeto que persigue el presente trabajo: ofrecer una visión panorámica de la situación del catequista en España al filo de la década de los 80, y de cómo se está llevando a cabo su formación. Se trata de un análisis-radiografía del panorama actual que facilite la «operación verdad». La constatación de datos planteará interrogantes y necesidades que habrán de tenerse en cuenta para una adecuada formación de catequistas.

Para esta «operación verdad» nos encontramos con una dificultad nada desdeñable. No poseemos estudios científicos de la realidad en este campo referidos a la totalidad de la Iglesia en España. Sí disponemos, sin embargo, de algunos estudios parciales, hechos en distintas regiones o en alguna diócesis: Galicia, Cataluña, Madrid, Región del Duero (tenemos noticia de que pronto se va a realizar en Sevilla). Estos estudios pueden ofrecernos una muestra bastante representativa del espectro catequético español en el aspecto concreto de los catequistas: corresponden a unos quince mil encuestados, recogen áreas geográficas y culturales que son una buena muestra del conjunto español.

* A lo largo de este trabajo utilizamos las siguientes fuentes: Secretariado Diocesano de Catequesis, *I[a] Asamblea diocesana de catequesis. Madrid-Alcalá 1977-80. Historia-documentos-conclusiones* (Madrid 1980) (lo citamos así: Madrid, *Asamblea*). Secretariados de Catequesis Región del Duero, *Educadores de la fe en la comunidad. Estudio sociológico* (Salamanca 1982) (lo citamos: Duero, *Estudio Sociológico*). Secretariados de Catequesis Galicia, *Resultados de la encuesta* (s.l. 1982) (policopiado). Secretariat Interdiocesa de Catequesi de Catalunya I les illes, *Itinerari per la formació de catequistes* (s.l., 1982) (Policopiado).

Respecto a estos estudios, por otra parte, nos enfrentamos con otra dificultad: no son estudios efectuados con la misma encuesta; las preocupaciones de los responsables de estos estudios no siempre son coincidentes; algunos datos, que hubiese sido interesante tener, no aparecen directamente, aunque indirectamente puedan desprenderse de otros; alguna de las encuestas, Madrid concretamente, ya lleva varios años realizada y puede haberse producido algún cambio ulterior. Con todo, a pesar de estas limitaciones y otras que pudieran señalarse, creo que nos ofrecen datos significativos, tendencias constantes, que nos son muy útiles, e igualmente fiables, para trazar las grandes líneas de la situación del catequista en España.

Dividimos este trabajo en seis apartados:

1.—Aspectos generales (a quiénes se dirigen; algunos sectores más desatendidos; pluralidad y diversidad entre las diócesis; crecimiento numérico en los últimos años y necesidad de más catequistas; incorporación de los seglares).

2.—¿Quiénes son los catequistas? (sexo, edad, estado civil, nivel cultural y social, trabajo profesional, tiempo que llevan como catequistas).

3.—¿Cómo son los catequistas? (motivaciones para ser y continuar siendo catequistas, condiciones que exigirían para ser catequistas y las que a ellos les exigieron).

4.—Relación catequistas-comunidad (integración de los catequistas en la comunidad cristiana, experiencia de comunidad, relación con la parroquia, relaciones en el grupo de catequistas, relación con los sacerdotes, relación con padres de niños).

5.—El trabajo del catequista (cómo es su catequesis, dificultades que encuentra en el quehacer catequético).

6.—La formación de los catequistas (en el plano espiritual-eclesial, en el plano bíblico-teológico, en el plano antropológico, en el plano pedagógico-didáctico, centros y niveles).

I.—ASPECTOS GENERALES

1. A QUIENES SE DIRIGEN: PREVALENCIA DE LA CATEQUESIS CON NIÑOS

Cuando se habla de «catequista» inmediatamente se piensa en aquella persona que realiza una tarea de catequesis con niños en orden, principalmente, a la primera comunión. Es sintomático, incluso, el que para otras edades y etapas de la vida se hable de monitor, educador o animador. Esto que se observa por estimación directa a un nivel de lenguaje común, reflejo

de una mentalidad y de una situación todavía no superadas, es refrendado por los datos de la realidad.

Los estudios, de los que disponemos, nos reflejan una situación que oscila desde el 64% (Madrid) al 89'8% (Barcelona) con unas situaciones intermedias del 76% (Región del Duero) y del 80% Galicia). De entre los dedicados a la catequesis con niños, destaca el alto porcentaje de catequistas dedicados a la etapa de catequesis inmediatamente preparatoria de la primera comunión: 38% (Duero), 30% (Galicia), y un 52% de catequistas de Madrid señala que la acción catequética se inicia, sobre todo, a partir de la primera comunión. (Para otras etapas de la infancia poseemos los siguientes datos: Infancia adulta 23% (Galicia y Duero); 6-7 años, 16% (Galicia, 10% (Duero); Párvulos, 5% (Duero), 11% (Galicia).

Frente a estos datos contrasta la atención dedicada a otras edades:

— adultos: 12% (Madrid), 1'4% (Cataluña), 0'44% (Duero)

— jóvenes y adultos: 9% (Madrid), 3% (Galicia)

— jóvenes: 5% (Madrid), 1% (Cataluña), 1'4% (Duero)

— adolescentes: 7% (Madrid), 12'5% (Cataluña), 5'66% (Duero)

— preadolescentes: 15% (Galicia y Duero).

Estos datos nos confirman que las parroquias están preocupadas y ocupadas fundamentalmente en la catequesis de infancia y giran en torno a la iniciación sacramental, bien porque la catequesis tenga como finalidad los sacramentos, bien porque éstos sean la ocasión para iniciar una catequesis, incluso cuando se trata de catequesis con jóvenes o adultos: confirmación, bautismo, matrimonio, petición de la primera comunión para los hijos (Madrid señala, a este respecto, un 29%).

Todavía se constata una insuficiente atención a la catequización de los jóvenes, que lo queramos o no, son el futuro de la Iglesia. Pero es más, «con la edad de la juventud llega la hora de las primeras *decisiones*... cada vez más a menudo y de modo más determinante, (el joven) deberá *asumir su* destino. Bien y mal, gracia y pecado, vida y muerte se enfrentarán cada vez más en su interior como categorías morales, pero también, y sobre todo, como *opciones fundamentales* que habrá de efectuar o rehusar con *lucidez* y sentido de *responsabilidad*. La catequesis cobra (en la juventud) una importancia considerable, porque es el momento en que el evangelio podrá ser presentado, entendido, aceptado como capaz de *dar sentido a la vida* y, por consiguiente, de inspirar actitudes de otros modo inexplicables... La catequesis prepara así para los grandes *compromisos de la vida adulta* (CT 39). Si a ésto añadimos, que la juventud es la que vive más fuertemente el impacto y la incidencia de la nueva cultura, nos encontramos con la

prioridad de una catequesis que sería fiel reflejo de una Iglesia evangelizadora: una catequesis que conduce a una opción personal de fe, a una inserción libre y creadora en la comunidad eclesial, y a una presencia válida en medio de una cultura plural y no siempre conforme con los valores del Evangelio.

Por otra parte, si bien es verdad que va aumentado la concienciia de la necesidad de la catequesis de adultos, y algunas diócesis manifiestan datos muy esperanzadores en este sentido con una tendencia a la alza, todavía resulta muy escasa la atención a esta catequesis que es la forma principal, «porque está dirigida a las personas que tienen las mayores responsabilidades y la capacidad de vivir el mensaje cristiano bajo su forma plenamente desarrollada. La *comunidad cristiana* no podría hacer una catequesis permanente sin la *participación directa y experimentada* de los adultos, bien sean ellos destinatarios o promotores de la actividad catequética. El mundo en que los jóvenes están llamados a vivir y dar testimonio de la fe que la catequesis quiere ahondar y afianzar está gobernado por los adultos: la fe de éstos debería igualmente ser iluminada, estimulada o renovada sin cesar, con el fin de penetrar las realidades temporales. Así, pues, *para que sea eficaz,* la catequesis ha de ser permanente, y sería vana en verdad, si se detuviera precisamente en el umbral de la edad madura, puesto que, si bien de otra forma, se revela no menos necesaria para los adultos» (CT 43).

Los datos nos reflejan, por tanto, una Iglesia, —con una catequesis ciertamente renovada—, polarizada por la infancia, con el riesgo que esto supone para la catequesis y, consiguientemente, para la misma figura del catequista: no contar con comunidades eclesiales de personas adultas en la fe —evangelizadas y catequizadas— donde se viva concretamente lo que quiere decir cristianismo. Los catequistas han de surgir de estas comunidades adultas y evangelizadoras.

La catequesis da la impresión que no ha superado la etapa de socialización religiosa, ni ha salido, a pesar de su renovación, de los esquemas de la vieja cristiandad: me pregunto si habremos superado el esquema de una catequesis al servicio de una integración y de una perpetuación del así llamado «sistema».

Da la impresión también de que nuestras parroquias se encuentran bien estructuradas para una sacramentalización y cuentan con una organización «aceptable» para una catequesis en orden a los sacramentos. Da también la impresión, por los destinatarios que reflejan las encuestas, que dispone de un servicio catequético «suficiente» para los «clientes habituales», para «los de siempre», pero que no cuenta con un dispositivo catequético-evangelizador para los alejados o para aquellos que están más necesitados de una evangelización o de una catequesis en clave de evangelización misionera para ellos. Es normal que la catequesis se realice con los creyentes

—que piden algún sacramento—, pero ¿no reflejará ésto una Iglesia que se dirige a los «de dentro», principalmente, con lo que ésto repercute en la orientación de toda catequesis y, por tanto, en la figura del catequista?

Un hecho que no podemos olvidar es el elevado número de personas que viven alejadas de la fe o de la práctica religiosa, indiferentes, e, incluso, no creyentes. La dedicación prioritaria en energías a la catequesis de infancia y «sacramental» ¿no estará reflejando una «cierta desatención» a ese amplio número de personas y no incidirá ésto mismo en la catequesis de forma negativa, es decir sin acuciar a la catequesis para que posibilite una verdadera decisión de la fe en nuestro mundo, una transmisión de la fe en términos comprensibles y significativos dentro de la cultura de nuestro tiempo? Son interrogantes que inciden en la figura del catequista.

Si bien hemos constatado el contraste entre esfuerzos dedicados a catequesis de infancia y a la de adultos y jóvenes, no podemos pasar por alto otros dos datos importantes: *El primero* se refiere a la tendencia observada en algunas diócesis a una catequesis entendida como proceso permanente que «dé continuidad a la práctica catequética de las distintas edades, constituyendo un proceso coherente y, a la vez, teniendo en cuenta que en el proceso evolutivo hay edades críticas más necesitadas de evangelización» (Galicia, *Constataciones,* 33). *El segundo* se refiere a que los estudios que manejamos están hechos básicamente sobre catequistas de infancia: muchas personas que están embarcadas en las tareas de catequesis de adultos o jóvenes, o no han sido consultadas o no se han sentido implicadas en estas encuestas. Existen, de hecho, muchos grupos, asociaciones, comunidades, etc. en que se está realizando una verdadera catequesis; de haberse tenido en cuenta, los porcentajes de catequistas en estas etapas hubiesen resultado más altos, pero nunca tan altos que nos hiciese cambiar de parecer respecto a la realidad.

Por último, la falta de catequistas para jóvenes y adultos nos hace pensar, no sólo en la necesidad de su «reclutamiento» o, mejor, de una acción pastoral que posibilite el surgir vocaciones para catequistas de adultos; pero éstos necesitan una preparación mucho más cuidada y exigente: ¿nuestras comunidades eclesiales, las iglesias locales, están en condiciones de proporcionar esta preparación?

2. Algunos sectores desatendidos: mundo rural

Un dato que también debe hacernos pensar es la mayor atención que se dedica a la catequesis en las ciudades. «Más de la mitad de los catequistas encuestados, señala la Región del Duero, viven en ciudades de más de 50.000 habitantes. Los catequistas de pueblos hasta 5.000 habitantes no llegan al 25 por ciento» (Duero, *Estudio sociológico* 15). También Madrid,

donde el trabajo catequético aparece mucho más pujante en los barrios periféricos que en los del centro de la ciudad, parece indicarnos que en la gran ciudad y en los pueblos del área metropolitana se presta mayor atención a la catequesis.

¿Qué quieren decir estos datos? Una respuesta inmediata es que resulta lógico que haya más catequistas en las grandes ciudades donde se da un mayor número de habitantes. Pero ¿es sólo una cuestión de densidad de población o se trata de algo de más fondo? A mi entender, e interpretando los datos de que dispongo, es un problema de una cierta desatención al mundo rural.

Como también se observa una desatención similar al mundo de los deficientes y otros sectores marginados —(las encuestas ni siquiera lo plantean).

¿Qué catequesis reflejan estos sectores desatendidos? Ciertamente reflejan unas comunidades eclesiales y unas iglesias locales que tienen un tanto desatendidos sectores de personas que son los más pobres y que deberían ocupar un lugar preferente dentro de una Iglesia que opta por la evangelización como definidora de su identidad más profunda.

Si a esto añadimos, como analizaremos después, que dentro de la extracción social de los catequistas es mínima la que procede y se dedica a las tareas rurales, tenemos como resultado una catequesis que está descuidando sectores importantes de población, que no estarán suficientemente evangelizados y que, como contrapartida, están recibiendo un fuerte impacto de la transformaciones sociales y de los medios de comunicación. Se constata una cierta polarización de la catequesis hacia sectores «más cultos» y económicamente más altos; lo que no deja de ser una laguna en el campo catequético que repercute en la figura de catequista.

3. Pluralidad y diversidad de situaciones que se dan entre las distintas diocesis.

Es normal que se dé una diversidad entre las distintas diócesis en el terreno de la catequesis, dado que son distintas también las situaciones en las que cada una se encuentra y desarrolla la acción catequética. No poseemos datos para establecer comparativamente estas diferencias entre ellas de una manera exhaustiva; ahora bien, sí me permito llamar la atención sobre un hecho: en algunas diócesis, por ejemplo, se constatan deficiencias importantes en la catequesis de adultos, mientras en algunas otras son notablemente menores estas deficiencias; en algunas, asimismo, el número de catequistas que dicen pertenecer a un grupo es alto, mientras en otras ocurre lo contrario; en algunas se da una amplia posibilidad de medios para la formación de

catequistas, mientras en otras se constata una escasez de los mismos. Estas deficiencias suelen coincidir con diócesis «más pobres».

¿Qué quiere decir ésto? A mi entender, que no se da una suficiente corresponsabilidad entre las diversas iglesias locales y que las más dotadas y «ricas» lo son incluso en el plano de la catequesis. Esto hace plantear la necesidad de una catequesis que esté más abierta a la corresponsabilidad eclesial en el punto concreto de la colaboración entre las iglesias; habrá que ver cómo se puede lograr ésto, pero en todo caso, plantea el reto de intentarlo. (Estas mismas desigualdades podemos apreciarlas a veces dentro de una misma ciudad: los barrios periféricos muestran una mayor pujanza catequética que los del centro; cosa explicable si tenemos en cuenta que en los barrios periféricos se da una mayor concentración de gente con menor edad, más niños, sectores más dinámicos, etc.; con todo, ¿no se da aquí también una llamada a la corresponsabilidad de las comunidades eclesiales, y a una organización catequética que oriente esta corresponsabilidad?).

4. Importante crecimiento numerico de catequistas en los ultimos años, y necesidad de mas catequistas.

En los últimos lustros estamos asistiendo a un crecimiento muy notable del número de catequistas. No tenemos datos concretos del índice de crecimiento, al carecer de estudios anteriores con los que pudiésemos establecer la comparación correspondiente. Sin embargo es un hecho fácilmente deducible y constatable, por la sencilla razón de que se han abierto nuevos campos de catequesis —preadolescencia, adolescencia, juventud, adultos—, se han prolongado los años dedicados a la catequesis de infancia, se va produciendo una progresiva desescolarización de la catequesis y una inserción de la misma en las parroquias y otras comunidades eclesiales, se está potenciando la catequesis como una acción prioritaria y los mayores esfuerzos de la acción pastoral parecen dirigidos a este campo concreto.

Se está operando un cambio eclesial de valor incalculable: hacer catequesis no es un lujo, sino un derecho-deber de todo miembro de la comunidad, con la consiguiente aceptación de pluralidad de formas; hacer catequesis no es una prestación individualista y de orden táctico, sino la asumpción de un cometido teológico eclesial; hacer catequesis comporta la realización de una vocación en la Iglesia.

A pesar de todo, faltan catequistas. Catequistas para sectores desatendidos, como ya se ha indicado; catequistas para que los grupos no sean excesivamente numerosos. (La Región del Duero, por ejemplo, constata que hay un porcentaje importante de catequesis que tienen un número grande de personas en el grupo, lo cual, sin duda plantea problemas y dificultades, a la hora de dar catequesis. Cfr. Duero, *Estudio sociológico,* 25).

Y lo que es más grave, a veces, se da un exceso de improvisación; por atender a las demandas y necesidades, que son muchas, se encomienda un grupo de catequesis a toda suerte de personas indiscriminadamente —o, al menos, tratando salir del paso lo menos negativamente posible—, no siempre con la preparación y cualidades básicas para ser catequista.

5. La mayoria son seglares

Uno de los datos más importantes y significativos de los últimos años es la participación de seglares en las tareas catequéticas. Podemos señalar que todas las encuestas arrojan unos resultados que superan el 80% de seglares catequistas: en la región del Duero se aproxima al 90%.

Si bien es cierto que el hecho numérico en cuanto tal no es enteramente nuevo, ya que también en otros momentos era muy alto el número de seglares desempeñando acciones catequéticas, sí que representa una novedad el modo como viene ejerciéndose esta participación activa y corresponsable. Esto significa que nos encaminamos a una Iglesia corresponsable, ministerial —diversificada en ministerios—, superadora de clericalismos y más enraizada en la vida de los hombres.

También es necesario señalar que dichos seglares ejercen esta tarea, en buena medida, como expresión y exigencia del compromiso de su fe y de su conciencia de miembros activos de la Iglesia, y que manifiestan el deseo de formación al descubrir las exigencias de su misión. La catequesis, que constituye hoy uno de los especios más importantes de corresponsabilidad eclesial de los seglares, ha redifinido sus cometidos en los últimos años y se ha situado dentro de una renovada visión de Iglesia, de revelación y de fe. Esto ha conducido del mismo modo a un redescubrimiento de la identidad del catequista, lo que está suponiendo en las parroquias un fermento de renovación eclesial y un estímulo para la participación en su edificación. Entre estos datos de renovación podemos apuntar, a título de ejemplo, el que muchas comunidades vivas han surgido de estos catequistas, que sienten la necesidad de vivir su fe en comunidad.

Los motivos que han conducido a esta situación son múltiples y es necesario subrayarlos. Entre éstos podemos destacar:

— La renovada visión de Iglesia ofrecida por el Vaticano II ha ido penetrando la conciencia de los creyentes, que se sienten llamados a participar en la misión entera de la Iglesia, y, de una manera concreta, en su misión de comunicar la fe que les da sentido. A esto parece apuntar el 18% de los catequistas de la Región del Duero, cuando afirman que son catequistas «por ser útiles en la parroquia»; o ese 20% de Madrid que indica que «es una obligación de todos los cristianos que puedan hacerlo».

— Muchos catequistas han asumido este menester por exigencia de una

fe madura. Una fe madura y adulta tiende a comunicarse; una dimensión de la fe es el que sea confesada: ser creyente es ser confesante y, por tanto, anunciador de aquello que se cree. De hecho esta exigencia de «comunicar a otros mi experiencia de fe» es la más representativa entre los catequistas de Madrid (32%); a un 48% llega el número de catequistas de la región del Duero que lo considera como una «exigencia de su vida cristiana», o a un 33% de los catequistas gallegos que desempeñan esta función eclesial por «sentir la necesidad de comunicar su experiencia de fe o querer hacer algo por los demás». Es una motivación que surge, pues, desde una Iglesia de creyentes, creyentes adultos y confesantes; consiguientemente desde una Iglesia evangelizada que siente la urgencia de evangelizar.

Estas motivaciones reclaman de la Iglesia el que cada día se vaya construyendo más y más como una Iglesia de comunión, de participación y de servicio; una Iglesia evangelizada, hecha de hombres creyentes y confesantes, de personas maduras en la fe —adultos y jóvenes—; una Iglesia, por tanto, evangelizadora. Y para esa Iglesia habrá de promocionar catequistas, con los que tiene el deber de formarlos convenientemente. Eso hará, además, que las distintas Iglesias locales promuevan catequesis de adultos y de jóvenes y suscite vocaciones de catequistas para estas etapas.

II.—¿QUIENES SON LOS CATEQUISTAS? ALGUNOS DATOS DEMOGRAFICOS

Buscamos ahora concretar más el perfil existencial del colectivo de catequistas en España, sin referirnos todavía a dimensiones hondas que expresan su ser o su personalidad más profunda como catequistas. Nos fijamos en unos criterios que, aparentemente, pueden parecer como más exteriores, pero que tienen una incidencia importante para la radiografía que estamos intentando.

1. Sexo de los catequistas

Nos encontramos con un predominio muy alto de mujeres sobre hombres entre los catequistas españoles: el 82% de los catequistas gallegos son mujeres, el 75% en la Región del Duero, 74% en Madrid, 73% Cataluña. Por otra parte, ese 18-27% de hombres suele ser, como veremos después, de edad bastante joven.

Sobre este dato caben hacer varias reflexiones: la mujer —sin puestos de responsabilidad en la Iglesia— está llevando mayoritariamente el peso de la educación en la fe; lo cual es un dato importante por lo que significa de la participación de la mujer en la vida de la Iglesia y, además, en una

tarea tan fundamental. Desde esta perspectiva se trata de un dato muy positivo.

Ahora bien, esta preponderancia de la mujer en las tareas catequéticas tienen contrapartidas. ¿Cómo van a ver los catequizandos la realidad de la comunidad cristiana en su conjunto, si una mayoría muy notable de sus catequistas son mujeres? ¿Dónde pueden vivir ellos la experiencia de este Pueblo de Dios, de esa comunidad, llamada en todos sus miembros a anunciar la Palabra? ¿Cómo van a asumir que la catequesis, que el anunciar el Evangelio, es obra de todos los creyentes y no sólo de las mujeres? ¿No se incidirá en un cierto reduccionismo de la maduración en la fe dado que los valores propios del mundo femenino son los que están sirviendo como vehículo de transmisión de la fe?

Por otra parte este dato del predominio de la mujer nos retrotrae a otro que ya hemos enumerado anteriormente: un predominio paralelo de la catequesis de infancia. ¿No se le asigna, culturalmente de ordinario, a la mujer las tareas educativas en esta etapa de la vida? ¿No es la mujer, además, la que, en la coyuntura actual, dispone de más tiempo compatible con la catequesis de niños?

2. Edad de los catequistas

Respecto a la edad cabe señalar que un alto porcentaje de catequistas son adolescentes y jóvenes menores de 20 años. En Galicia el 58% no llegan a 19 años, y de entre éstos el 28% tienen menos de 16 años. En la Región del Duero, prácticamente la mitad (el 49'81%), no superan los 20 años y, de entre ellos, un 5'40% no supera los 15. Sin embargo, en Cataluña y Madrid la media de edad de las personas dedicadas a la catequesis es alta: Madrid el 60% son mayores de 24 años, y hay un 28'7% que están entre los 15 y los 19.

«No hay que ver como mala, comenta el documento de la región del Duero, la oportunidad de que la gente joven vaya asumiendo una responsabilidad concreta en la Iglesia. Sin embargo, la catequesis es algo más que una resolución de problemas para la juventud, porque en función de los que reciben la catequesis, conviene un mínimo de estabilidad, de madurez, de equilibrio a los que la edad ayuda sin ser el único factor. Si fuéramos tajantes en la aplicación del deseo de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis en el sentido de apuntar a los 18 años como la edad a partir de la cual se puede empezar a ser catequistas, en la Región del Duero nos quedaríamos con un treinta por ciento menos de catequistas. Es claro que el problema no es sólo cuestión de edad, pero la maduración no se improvisa... Es claro que el hecho de querer atender a todas las necesidades y demandas de la catequesis no autoriza a echar mano del primero que se ofrece» (Duero, *Estudio sociológico,* 29-30).

Ante el alto número de adolescentes impartiendo la catequesis cabe preguntarse, ¿qué capacidad tienen esos adolescentes para ser catequistas? No es infrecuente que esos chicos y chicas, llenos de buena voluntad, cargados de buenos deseos, con un entusiasmo de fe juvenil, pero con insuficiente madurez y experiencia de fe, realicen un tipo de catequesis basada fundamentalmente en el aprendizaje, en una transmisión nocionística de cosas aprendidas de memoria, más que una catequesis proclamación-narración de un acontecimiento vivido, con todo lo que ello comporta de reduccionismo de la gran riqueza y experiencia viva e integradora que entraña la catequesis. Creo, además, que este número alto de catequistas adolescentes no contribuiría nada a superar una catequesis con características muy escolares, dado que, entre otras razones, su formación es primordialmente escolar.

Es verdad que chicos de estas edades pueden prestar servicios excelentes en grupos de catequesis y que habrá que iniciarlos en el servicio catequético para que un día puedan llegar a ser verdaderos catequistas; como también es verdad que su testimonio puede ser muy valioso en algunos grupos; pero también es cierto que habrá que actuar con discernimiento para no encomendarles inmediatamente una responsabilidad de catequista. Habrá que introducirlos como colaboradores en la catequesis, y ésto será un buen medio de formación apostólica y de maduración en su fe; habrá que acoger estas posibles vocaciones catequéticas y cultivarlas, pero no confiarles una responsabilidad plena que puede «quemarles» o que dejen después de poco tiempo de ejercicio, dadas las peculiares condiciones que configuran esta edad.

La catequesis, a mi entender, no debería ser ordinariamente confiada a adolescentes —aunque su disponibilidad no debe ser despreciada—, sino a adultos y a jóvenes. Por eso me parece un dato muy digno de destacarse la tendencia que se observa —y en muchos casos realidad constatable— al crecimiento de la edad media de los catequistas. El que los seglares adultos se estén responsabilizando cada vez más de la tarea catequética significa que está ganando terreno la convicción de que la educación en la fe necesita del testimonio de los adultos y de adultos en la fe que viven el mensaje cristiano bajo su forma plenamente desarrollada. Con catequistas adultos la catequesis podrá ser eficaz (Cf. CT 43).

3. Estado civil de los catequistas

Otro dato que merece ser destacado es el estado civil de los catequistas. En Galicia, el 78% son solteros, un 14% casados o viudos y un 8% son sacerdotes-religiosos-as; en la Región del Duero, el 65'08% son solteros, el 21'71 casados o viudos y el 12'42 sacerdotes, religiosos-as; en Madrid el 57'% son solteros y el 42'6% son casados o viudos, el 7% sacerdotes y el 10'3% religiosos-as.

Llama la atención el alto porcentaje de solteros que son catequistas seglares; es comprensible, dada la correlación normal entre edad y estado civil (Galicia que tenía el índice más bajo de edad de los catequistas es la que tiene mayor porcentaje de solteros).

Es necesario subrayar el alto porcentaje que tienen algunas diócesis de catequistas casados, sobre todo Madrid y Duero. Este es un dato importante; si tenemos en cuenta que el 74'33% de los catequistas de Madrid, el 62'4% de los del Duero y el 53,84% de Galicia son casados o viudos, hemos de concluir que se da un alto número de familias que están comprometidas directamente en la catequesis. Estos datos ponen de manifiesto la voluntad de muchos padres de participar activamente en la educación cristiana de los propios hijos y, estimulados por esta ocasión, colaborar en la animación de la catequesis parroquial.

Cabe destacar el significativo porcentaje de sacerdotes-religiosos-as en la catequesis de Galicia y en la del Duero. Considerando que éstos serán normalmente adultos, nos encontramos con el hecho de que un 35% de los catequistas adultos del Duero, un 29'6% de Galicia y un 28'33% de Madrid pertenecen al clero. Es este un dato que habrá que tener muy presente para la formación de catequistas y para las relaciones del catequista con la comunidad eclesial.

4. Nivel cultural de los catequistas

Como tónica más general hay que clasificar el nivel cultural de los catequistas como medio, considerando éste el nivel de bachillerato o de estudios universitarios de grado medio —Magisterio, ATS, etc.—. Así tenemos que, en Madrid un 70% dice tener un nivel cultural medio-alto (bachillerato o estudios superiores), un 60% en Galicia y un 69% en la región del Duero. Con una cultura modesta o estudios primarios las distintas regiones encuestadas oscilan entre un 25 y un 30%.

Ante este hecho caben varias lecturas. El alto porcentaje de catequistas con un nivel cultural medio-alto puede ser un índice positivo de cara a presentar el mensaje cristiano encarnado en la cultura de nuestro tiempo; en principio deberían estar más capacitados estos catequistas para un diálogo con la cultura actual y para una reexpresión significativa del mensaje cristiano hoy. Por contrapartida el relevante porcentaje de catequistas con sólo estudios primarios podría tener su repercusión negativa en el mismo sentido.

Hay que tener presente el alto número de catequistas estudiantes (en Galicia, p. ej., el 57%). Desde esta perspectiva se hace más problemático el valor del índice cultural. Este índice cultural puede quedarse en aspectos, que aún siendo importantes para la catequesis, no son los más centrales: estos catequistas pueden disponer de mayor tiempo para la catequesis, pueden

tener mayor facilidad de expresión, y poseer, desde la enseñanza de la religión que han recibido más prolongadamente en sus centros de estudio, una mayor información sobre los contenidos de la fe.

Pero todo ello entraña el riesgo, real por lo demás, de acentuar inconscientemente el aspecto cognoscitivo de la catequesis con detrimento del experiencial, llevar a cabo una catequesis con un fuerte sabor «escolar», prolongar el dualismo de fe y vida. Tiene como riesgo principal, a mi entender, el que la catequesis se quede o se centre en el terreno del «saber» y del «poseer», habituados como están estos mismos catequistas a la transmisión de una cultura centrada en «el saber» y en la «posesión» de ese mismo saber.

Hay otro dato que hace que este índice cultural se mire con discernimiento. La mayoría de nuestros catequistas, como veremos después, pertenecen a la clase media, que es donde descansa esa «cultura media». La prevalencia abrumadora de este nivel cultural, supondría una identificación entre transmisión de la fe y «nivel» cultural medio, e, incluso, con clase media. Además, creo que la catequesis necesita de la presencia de todos los niveles culturales y sociales, para que no se identifique la fe con un determinado estrato social y cultural con sus valores y contravalores y pueda apreciarse, por lo demás, la capacidad que tiene la fe de vivirse y de expresarse en la pluralidad y diversidad de estratos; también la catequesis necesita del testimonio plural de la riqueza de la comunidad eclesial, formada por hombres de distintas procedencias y que viven desde situaciones distintas.

Por otro lado no podemos despreciar el alto porcentaje de catequistas con nivel de estudios primarios. Aquí también caben más lecturas aparte de la ya indicada más arriba. Si la elección de estas personas como catequistas, ha sido en virtud de su testimonio y experiencia de vida de fe, más que por su preparación cultural, significaría que nos encontramos ante una Iglesia que concibe la catequisis mas como *testimonio* —consiguientemente como palabra y memoria— que como la transmisión nocionística de la fe. Pero si esta elección ha recaído improvisadamente en estas personas por su mayor disponibilidad y docilidad, entonces nos encontraríamos ante una situación que debería ser superada.

Es éste un dato que hemos de tener presente en la formación de catequistas, que no necesitan de ningún título civil para serlo, aunque pueda ser valioso, dado que la tarea de comunicar la fe no depende de un estatuto académico, sino de creyente y bautizado-confirmado.

5. Extraccion social

Nuestros catequistas pertenecen básicamente a la amplia clase media que caracteriza nuestro país y destaca el número de estudiantes. Clase baja, obreros, agricultores, marineros tienen poca representación en el mundo de los catequistas.

Estos son los datos respecto al nivel social-económico: Madrid, 1% clase alta, 86% clase media, 13% clase baja; Galicia, 1% alta, 66'5% media, 9% bajo (es significativo el 23'5% que no contesta); Región del Duero, (no contesta).

Respecto a la actividad profesional destacan los estudiantes, amas de casa, dedicados a la enseñanza: Madrid, 33'3% amas de casa, 31'9% estudiantes, funcionarios (maestros) el 12'1%; obreros cualificados o sin cualificar 6'3%, empleados 9'6%; Región del Duero, amas de casa 22'63%, estudiantes 49'08%, maestros 8'88%, obreros 8'62% (fábricas, campo, comercio); Galicia, amas de casa 21%, estudiantes 55%, obreros (fábricas, campo, mar) 7'1%, empleados 1%.

Es muy significativo el hecho del escaso número de catequistas procedente del mundo obrero, agricultor y marinero, siendo estos sectores los más representativos, sobre todo en algunas regiones, de la mayoría de la población. Esto plantea la necesidad de una seria y profunda evangelización en esos ámbitos. Si no hay vocaciones de catequistas en esos sectores profesionales ¿no será indicio de que no se ha dado una suficiente evangelización en medio de ellos? ¿No supone, además, un claro empobrecimiento para la catequesis? ¿No reflejará una Iglesia que no es sensible suficientemente a sectores más deprimidos dentro de nuestra sociedad? ¿Podrá descubrir la catequesis las dimensiones sociales de la fe en estos ambientes? ¿Podrá asimismo mantenerse sin que se haga presente el testimonio del Evangelio en estos sectores por personas que pertenecen a los mismos? ¿Podrán descubrir los catequizandos que el Evangelio es para todos y que es capaz de encarnarse y enraizarse en los diversos sectores de población y ámbitos culturales y sociales? ¿No se dará posiblemente una dificultad notable para la comunicación del mensaje, dado que es muy probable una divergencia cultural entre los catequistas y los catequizandos, procedentes de otro sector o clase? ¿No tendrá repercusiones en la educación en las dimensiones sociales y políticas de la fe, que necesita del testimonio de cristianos que viven inmersos en esas situaciones? ¿Podrán sensibilizarse a ello sólo desde el testimonio del ama de casa, del estudiante, o del que actúa en el sector terciario —empleados, maestros, etc?

6. Tiempo que llevan como catequistas

Estos catequistas, con las características indicadas, un día comenzaron a ser catequistas, ¿pero cuanto tiempo llevan o permanecen ejerciendo esta función-acción eclesial? El que nos preguntemos ahora ésto tiene su sentido: el introducirnos a su identidad más profunda como catequistas. Esta pregunta o parecida se han hecho también a partir de algunas encuestas: Madrid y Región del Duero.

Los datos que arrojan los resultados de estas encuestas manifiestan que la mayoría llevan poco tiempo como catequistas, aunque se observa una tendencia a la estabilidad y permanencia. Así en la Región del Duero un 31'5% lleva un sólo año, el 35'84% de 2 a 3 años, 11'82% de 4 a 5 años, y más el resto.

Esto plantea la exigencia y ofrece cierta posibilidad para la formación de catequistas; aunque también hay que considerar la dificultad que entraña la poca permanencia a veces en la catequesis, sobre todo si tenemos en cuenta que un porcentaje elevado, como se ha dicho, son muy jóvenes. ¿Vale la pena, se preguntan acertadamente los secretariados de la Región del Duero, iniciar una formación que cuando se vaya completando coincida en la práctica con el abandono del ejercicio de la catequesis? Parece que estamos aún lejos del descubrimiento del catequista por vocación, que dedique una parte notable de su tiempo a este quehacer eclesial. Pero sin aspirar a una dedicación 'de por vida', sí que hay que aspirar a ir logrando en los catequistas unos compromisos estables que sean garantía de mayor preparación y de dedicación fructífera en la catequesis. (Duero, *Estudio Sociológico,* 32).

El Secretariado diocesano de Catequesis de Madrid comenta a propósito de una pregunta similar: «Quien empieza a ser catequista, —¿es un cristiano con vocación para ello?—, ¿es alguien que entra a prestar un servicio a los creyentes que hoy es necesario y mañana puede no serlo?— ¿adquiere 'una plaza en propiedad' para toda la vida?».

Buscando una respuesta a todos estos interrogantes la Encuesta planteaba una pregunta en apariencia inocente: ¿cuánto tiempo debe durar el trabajo de catequistas?

«Las respuestas recogidas señalan claramente una notable diversidad de opiniones: la mayoría de catequistas se inclina hacia respuestas que dejan a salvo la libertad del interesado para seguir en su trabajo mientras él quiera; otros, preocupados por el trasiego de catequistas que han tenido que sufrir, apuestan por un tiempo largo: bastantes años o incluso toda la vida; un número relativamente pequeño de entre ellos prefiere someterse al criterio de la comunidad que les envió; y un significativo 18% considera que hay

que estudiar este asunto de la duración de su trabajo con mayor detenimiento.

Destacamos: el confusionismo existente acerca de un punto clave: la vocación del catequista y su gratuidad por parte de Dios. Algo que está en íntima relación con la duración del trabajo del catequista; la desconfianza que muestran bastantes catequistas hacia planteamientos catequéticos demasiado superficiales, que consideran el trabajo del catequista como algo poco serio para lo que no se requiere hondura ni renovación progresiva» (Madrid, *Asamblea* 145-46).

III.—COMO SON LOS CATEQUISTAS: PERFIL EXISTENCIAL-CRISTIANO

En esta «operación verdad», que estamos intentando en el presente trabajo en orden a la formación de catequistas, nos interesa conocer cual es el «ser» actual de los catequistas en España. La comunidad cristiana, a través de un proceso de formación, ha de ayudar a los catequistas a «ser»: a ser llamados, a ser testigos de Jesucristo porque han optado por El, han escuchado su llamada y le han seguido en una vida coherente dentro de una viva y activa participación en la vida de la Iglesia. Necesitamos conocer cuáles son los rasgos de su situación espiritual para ayudarles adecuadamente a través de dicho proceso de formación.

Las motivaciones que les impulsaron a ser catequistas y las que les impulsan a continuar en su tarea, las condiciones que ellos pedirían para ser catequistas y las que les pidieron a ellos nos indicará la situación en que se encuentran, y nos ofrecerá pistas para cómo actuar en su formación.

1. ¿Por que son catequistas? Razones que les impulsaron a ser y a seguir siendo catequistas

Podemos dividir estas razones en externas, poco profundas de ordinario, e internas, más personales y maduras. Entre las primeras y en el inicio de la tarea, se encuentran: la invitación del cura (Galicia 20%, Madrid 15'1%), porque lo hacen mis amigos y compañeros o me animaron otros catequistas (13% Galicia, 0'82% Duero), había poca gente para mucho trabajo (9'3% Madrid, 17% Galicia), por ocupar el tiempo libre (1% Galicia, 0'7% Madrid), por costumbre (0'09% Duero), porque me obligan (0'32% Duero, 1'3% Madrid) porque me gusta (14'54% Duero), porque me gusta tratar con niños (15'11%).

Y entre las razones más hondas y personales: «Sentía la necesidad de comunicar a otros mi fe» (32'1% Madrid, 12% Galicia), «lo considero una

exigencia de la vida cristiana, es una obligación o un deber del cristiano» (Duero 47'98%, Galicia 11%, Madrid 20'3%), «quería participar en la educación en la fe y me preparé para ello» (12'7% Madrid), «por ser útil en la parroquia» (17'73% Duero), «sentía vacío sin hacer nada» (8'5% Madrid), «quería hacer algo por los demás» (17% Galicia), «por unas convivencias cristianas y tras un catecumenado de confirmación» (5% Galicia).

Como puede apreciarse, en su conjunto, el porcentaje de razones profundas supera al de razones más exteriores. Destaca, sobre todas, la responsabilidad personal de comunicar su experiencia de fe como una exigencia de la vida cristiana.

De todos modos, conviene también tener en cuenta el alto índice de personas que se hicieron catequistas por razones poco profundas, con las repercusiones que ésto puede tener tanto en la tarea como en la dinámica de la catequesis. Por otra parte también es normal que el catequista inicie su tarea estimulado por algunas motivaciones más externas.

La misma acción catequética y la formación en que se ven insertos a lo largo de su tarea catequética, normalmente les hace cambiar y dirigirse por motivaciones más profundas. Un catequista que no profundizase en su fe, en su identidad como tal catequista cristiano, no permanecerá largo tiempo en la tarea catequética; por eso es necesaria un verdadero acompañamiento del catequista, sobre todo el externamente motivado, una inserción en el grupo de catequistas y en la comunidad parroquial, un proceso de formación integral como corresponde a su identidad y misión; de no ser así, y mantenerse en las motivaciones externas el catequista no durará mucho tiempo en su cometido.

Me pregunto si la escasa permanencia en la catequesis no será debida a la falta de acompañamiento y formación adecuada ante motivaciones externas que pueden ser muy frecuentes en personas muy jóvenes. Al mismo tiempo no creo constatar que la tendencia a la permanencia, y la permanencia, de hecho, en algunas diócesis, se debe a la presencia mayor de adultos que, paralelamente, coinciden con razones más profundas para hacerse catequistas; a que se ha dado una catequesis más profundamente renovada y renovadora; a que ha habido un mayor acompañamiento y formación; a que se ha dado una mayor inserción en el grupo catequético, en una comunidad o en la parroquia.

Conviene constatar, asimismo, cómo las razones que alegan para continuar siendo catequistas se refieren más a razones profundas, mientras las razones más exteriores han pasado a un segundo plano. Así tenemos, por ejemplo, el caso de Galicia que de un 49%, que alegaban razones externas para ser catequistas, ya en el ejercicio concreto, se ha pasado a un 89%. En el transcurso del itinerario como catequistas han descubierto que son cristianos con vocación para esta labor.

Concretamente, las motivaciones que señalan para seguir siendo catequistas son las siguientes: «Porque me encuentro a gusto» (Galicia 23%, Madrid 25'8%), «porque me ayuda personalmente» (22% Galicia), «por simpatía con los niños o porque están varias personas implicadas en un proceso de educación de la fe, que no se puede abandonar así como así» (Madrid 15'4%, Galicia 22%), «porque me parece una exigencia de mi fe» (Madrid 51'7%, Galicia 22%), «porque no hay quien me sustituya, porque el cura se encuentra solo, por inercia o rutina, porque también siguen mis amigos, porque mi grupo no me deja retirarme, porque no encuentro relevo, porque me he especializado» (Madrid 3'8%, Galicia 10%).

Es importante, en este punto, subrayar cómo la acción catequética ha ayudado a los catequistas a madurar como creyentes y como catequistas. Son muy sintomáticas, a este respecto, las experiencias que dicen haber encontrado en su tarea como catequistas, expresión de dicha madurez y del redescubrimiento de su propia identidad. La catequesis, la responsabilidad eclesial en esta acción, el ejercicio de su propio compromiso de fe les ayuda en su vida cuotidiana.

A los catequistas de Madrid el ejercicio de la catequesis les ha ayudado a encontrar:

— seguridad en sus convicciones (33'1%)
— apertura a la comprensión del momento de la Iglesia y del mundo (41'2%)
— a crecer como persona (54'8%)
— amistad y compromisos compartidos con mayor profundidad (52'5%)
— les hace sentirse más cristianos (81'7%)
— me estimula por el testimonio de los otros (67'8%)
— me consuela (17'9%)
— .....

A los catequistas gallegos les ha ayudado a:

— sentirse miembro activo de la Iglesia (22%)
— conocer mejor a los niños (18%)
— abrirse a los demás (14%)
— ser mejor cristiano (12%)
— descubrir el sentido cristiano de su vida (12%)
— comprometerse con la comunidad (10%)
— crecer como persona (5%)
— aclarar ideas (5%).

Es importante señalar el alto grado de satisfacción que muestran los catequistas con su tarea (90% en Galicia, 74% en Madrid, mucho o bastante), que ha influído notoriamente en su preparación como catequistas, consiguientemente en su maduración personal como creyente (47'2% Ma-

drid); a ésto también han contribuído, entre otras cosas, las reuniones de preparación de catequesis (59'8% Madrid) y la comunidad (29'5%).

Parecidos resultados nos ofrece el Estudio Sociológico de la Región del Duero, cuando ante la pregunta «¿qué consideras más válido en la catequesis que das?», responden del siguiente modo los catequistas:

— el comunicar la fe a los demás (38'7%)
— la formación cristiana de los demás (17'76%)
— el dar testimonio de mi vida cristiana (15'93%)
— el que la doctrina de la Iglesia llegue a todos (13'02%)
— el que no desaparezca la religión de la sociedad (6'45%)
— mi propia formación cristiana (5'65%).

En el conjunto de estas respuestas, junto con las de Madrid y Galicia, se van perfilando unos rasgos del catequista que se descubre y que se desearía, en el fondo, y que se va realizando en ellos experiencialmente. En estos rasgos se destacan los referentes a la dimensión eclesial del catequista, a su ser para los demás, al descubrimiento de su misión a los otro para comunicar la fe que él vive, y en la que ha madurado y se ha consolidado en el proceso de catequista, y de la que da testimonio.

Su querer inicial de hacer algo por los demás, de comunicar su fe a los otros ha ido madurando; así ha ido madurando también su sentido eclesial, que queda fuertemente resaltado. Gracias a su compromiso catequístico ha madurado en ellos su apertura y mentalidad eclesial. Esta espiritualidad eclesial, ha sido robustecido, sin duda, al compartir su vida con los catequizandos y a raíz de la experiencia de grupo vivida con otros catequistas; y ha sido robustecida al participar en una acción eclesial y sentirse corresponsable en la misión toda de la Iglesia.

De esta manera se ha robustecido del mismo modo la identidad del catequista. Esto nos indica que la catequesis es un factor determinante de participación eclesial y que es necesario construir la *comunidad de comunión,* en la que los pequeños grupos que configuran la comunidad parroquial se forman no en función de una acción específica, sino en vistas a una experiencia de Iglesia. Experiencia que es base, como veremos después, para la formación de catequistas para una catequesis de y para la comunidad.

2. Condiciones que exigirían a otros para ser catequistas y las que a ellos les exigieron

El itinerario como catequistas les ha conducido, como acabamos de ver, a un proceso de maduración como creyentes y consiguientemente a redescubrir la identidad de la figura del catequista. Por ello llama satisfactoriamente la atención las condiciones que ellos pondrían para que una persona

fuese un buen catequista, que contrastan, de alguna manera, con las que a ellos les exigieron.

Los catequistas españoles en ejercicio consideran que para ser catequista se requiere una serie de condiciones entre las que destaca el tener una fe firme en Jesucristo. En efecto, estas son las características que, a su juicio, debe tener un buen catequista

— ser creyente, tener una fe firme en Jesucristo (Madrid 56'%, Galicia 86%) (En la Región del Duero son equivalentes a vivencia religiosa 12'77%, testimonio de vida 25,19%, seguridad y firmeza en la fe 5'66%);
— actitud constante de búsqueda de fe (Madrid 48'5%);
— estar pedagógicamente preparado (Madrid 13'3%, 28% Galicia, 8,89% Duero);
— fiarse y abrirse a los demás, amor e interés por los niños (Duero 12'96%, Galicia 58%, Madrid 12'2%);
— tiempo y dedicación, espíritu de pobreza evangélica para no regatear el tiempo (Madrid 7'6%; Duero 3%);
— disponibilidad y servicio (15% Galicia);
— capacidad para trabajar en equipo (Madrid 25%, Galicia 17%);
— madurez humana y equilibrio psicológico (Galicia 11%, Madrid 21'46%);
— conocer el mensaje cristiano (46% Galicia);
— tener esperanza y optimismo (13'1% Madrid);
— ser alegre y comunicativo (12% Galicia);
— responsabilidad (6'51% Duero);
— formación permanente (6'16% Duero).

De estas condiciones se perfilan algunos rasgos de la figura de catequista como hombre firmemente creyente en Jesucristo, que es testigo suyo, hombre en búsqueda de fe y esperanza, abierto a los otros y entregado a ellos, conocedor del mensaje cristiano, pedagógicamente preparado, y con capacidad para insertarse en un grupo y trabajar en equipo, y madurez y equilibrio humanos.

Contrastan estas condiciones con las que les exigieron a ellos: ninguna (31'83% Duero); el tener que preparar con otros la catequesis (18'99% Duero); el compromiso fijo de un tiempo dedicado a la catequesis (15'04% Duero); el tener que dar un testimonio de vida (11'06% Duero); asistir a un cursillo de preparación, pertenecer a la parroquia, enseñar la doctrina auténtica (17'73% Duero).

IV.—RELACION CATEQUESIS-COMUNIDAD

De unos años a esta parte va abriéndose paso la convicción de la necesidad de una catequesis de y para la comunidad. Es un hecho que va ganando terreno el binomio comunidad-catequesis. La preocupación, en la catequesis de cualquier edad, por incorporar a los catequizandos a una comunidad donde se ilumine, celebre y comparta el compromiso de la fe, es un indicativo de la apropiación de una eclesiología de comunión fruto del Concilio Vaticano II. Se descubre la comunidad como espacio de conversión y lugar de fe y se pone de manifiesto que la fe se vive en comunidad y que una de sus dimensiones fundamentales es su sentido comunitario. Se dice que no hay catequesis sin comunidad y que el catequista es un enviado de la comunidad, que actúa en nombre de la comunidad, que es testigo de la fe de la comunidad eclesial. Ahora bien, ¿qué integración se da de los catequistas en la comunidad? ¿Están integrados en grupos cristianos, pertenecen a algún otro grupo cristiano, además del grupo de catequistas? ¿Viven su fe en comunidad? ¿Qué experiencia manifiestan de comunidad? ¿Qué relación mantienen con la parroquia, con el grupo de catequistas, con los sacerdotes, con otros miembros de la comunidad eclesial? Algunos interrogantes han tenido respuesta ya en apartados anteriores; tratemos, no obstante, de verlo más directamente.

1. Integracion de los catequistas en la comunidad cristiana

La primera pregunta que nos hacemos es si los catequistas forman parte de algún grupo cristiano. La respuesta varía mucho de unas regiones a otras, sobre todo, teniendo en cuenta que el planteamiento de la encuesta ha sido distinto en las diferentes regiones. Si nos fijamos en Madrid donde se ha preguntado si pertenece a alguna comunidad —entendiéndola como grupo— tenemos que la gran mayoría de los catequistas o pertenece ya a algún grupo (89'3%), o quiere integrarse en él (7%) (Sólo un 4% de los encuestados intenta vivir su fe «por libre». Estos grupos suelen girar principalmente en torno a la actividad catequética, que viene a ser el compromiso fundamental de dichos grupos).

Si nos fijamos en la encuesta de la Región del Duero, donde se ha preguntado a los catequistas si forman parte de algún *otro* grupo cristiano, prácticamente la mitad (un 40'77%) confiesan no formar parte de ningún otro grupo cristiano. Sin embargo, ante otra pregunta responden el 78% que se sienten integrados con los otros catequistas en la parroquia; de aquí podríamos conjeturar que sí tienen una cierta experiencia de grupo cristiano, que están integrados en grupos cristianos, centrados, eso sí, en torno a la actividad común que les une: la catequesis.

Creo que aún siendo esto válido, no es suficiente; son necesarios grupos

donde se viva una experiencia más integral de fe y de vida eclesial —comunidades— o donde les una otros compromisos cristianos.

En este sentido tenemos que en la Región del Duero, entre los que sí forman parte de algún grupo, destacan dos tipos de grupos de pertenencia: comunidades de vida religiosa (11'79%), grupos parroquiales (11'06%). (Sin embargo a otra pregunta responden que un 16'25% forman parte de un grupo parroquial, 13'50% a una comunidad religiosa, 11'44% a otros grupos cristianos, 6'80% a un movimiento apostólico, 2'62% a una comunidad de base).

En la diócesis de Madrid estos grupos, mayoritariamente parroquiales (86'5%) —y, por ello, no vinculados especialmente a ningún grupo especial o confederación de grupos (41%)— presentan unos rasgos característicos: 1) son grupos abiertos y respetuosos, poco inclinados a posturas extremistas; aspiran a vivir la fe comunitariamente; algunos han creado ya una comunidad: la mayoría está en camino; tanto en su creación como en su marcha fueron estimulados por un sacerdote. 2) Sus compromisos comunitarios están centrados en la catequesis (63%), actividades sociales y políticas, educativas, culturales, atención a los marginados, etc. (25%). 3) Celebran su fe en pequeñas comunidades o en momentos especiales, con todos en la parroquia.

De aquí que estos mismos catequistas en un 90% digan que viven su fe en comunidad. Solamente que a lo largo de la encuesta se observa un notable confusionismo acerca de lo que es una comunidad; parece ser que a cualquier grupo eclesial, cualquiera que sea su estructura, se le llama comunidad cristiana (cf. Madrid, *Asamblea,* 110-14).

¿Podemos deducir de estos datos que se da una verdadera integración de los catequistas en comunidad, o mejor, en comunidades? No es clara la respuesta, entre otras cosas, por el confusionismo que acabamos de mencionar. Lo que sí parece más claro es que la experiencia de comunidad cristiana es añorada por los catequistas en España, aunque su experiencia sea todavía débil y ambigua. Y también parece claro que buena parte de los catequistas están relacionados con movimientos de Iglesia y con otras acciones parroquiales. Con todo, hay que destacar que están, probablemente, «excesivamente» centrados en la acción catequética y que muestran menos interés por otras dimensiones de la fe y exigencias de presencia del cristiano en el mundo; me parece, en este sentido, detectar ciertas lagunas que habrá que tener muy presentes, si no queremos un empobrecimiento y reduccionismo de la catequesis.

2. Relacion de los catequistas con la parroquia

Dado que el ámbito normal de la catequesis hoy es la parroquia y que un porcentaje muy alto se reconocen insertos en la parroquia, cabe pregun-

tarse ahora: ¿cuál es su relación con la parroquia? Este mismo dato podrá aclararnos un tanto la inserción o integración de los catequistas en la comunidad, aunque somos conscientes de las limitaciones que se imponen para llamar comunidad a la parroquia, al menos a algunas de ellas. Esta relación es recíproca: relación de la parroquia respecto a los catequistas, relación de los catequistas respecto a la parroquia.

Aunque los estudios que manejamos abordan directamente la relación de la parroquia con los catequistas, salvo el de Galicia, se puede constatar que se da una relación positiva, que apunta a una progresiva toma de conciencia de la vinculación de catequesis-parroquia (comunidad eclesial) y, consiguientemente, parroquia-catequista. Los catequistas gallegos reconocen el sentido comunitario cuando un 37% afirma que «a la parroquia le parece bien lo que hacen», un 21% que «la parroquia se preocupa de la marcha de la catequesis» y un 7% dice que «los estimula y apoya». Sin embargo, junto a ésto, los mismos catequistas reconocen una falta de sentido comunitario cuando confiesan que «la parroquia no se interesa por nuestro trabajo» (12%), «no existe un tipo de relación» (11%), o «no saben o no contestan» (12%). A la misma falta de sentido comunitario podrían apuntar el desinterés o desentendimiento de los padres respecto a la catequesis con sus hijos (hecho que también se observa en otras regiones).

La relación de catequistas-parroquia muestra un carácter positivo cuando afirman, por ejemplo, que «son catequistas por ser útiles a la parroquia» (14,77% Duero); que «forman parte de una comunidad que identifican con la parroquia —consejo pastoral, grupo de catequesis, acción social—» (57'9% Madrid); «nuestro grupo está vinculado a la Iglesia a través de una parroquia» (86'5% Madrid). También podemos ver esta relación positiva cuando dicen cómo entienden la parroquia: «un lugar no sólo de culto sino en el que se ubican diversos servicios asistenciales, locales de reunión para juventud, orientación matrimonial, etc.» (41% Madrid); la parroquia debe ser quienes forman en ella una comunidad de comunidades liberadoras abiertas y comprometidas (39'5% Madrid).

3. Relacion de los catequistas con el grupo de catequistas

También la relación de los catequistas entre sí nos orienta respecto al sentido comunitario de nuestros catequistas y la relación de catequesis comunidad. Ya hemos visto en apartados anteriores cómo la misma acción catequética, el encuentro y el trabajo común, la reflexión común de los catequistas entre sí les ha ayudado a descubrir o potenciar su sentido eclesial. Por eso no es de extrañar que un alto porcentaje confiese que se siente interrogado con los demás catequistas de la parroquia (77'91 Duero; 73'5% Galicia).

Concretándonos a Galicia, el 37% consideran que trabajan en equipo;

valoran mucho el grupo a nivel de amistad (19%), tienen reflexiones cristianas y celebran juntos la Eucaristía (12'5%), es el grupo cristiano de pertenencia (5%). Como contrapartida nos encontramos con un índice relativamente elevado en que se observan notables deficiencias respecto al grupo, ya que un 20% apenas tiene relación con el grupo, cada uno trabaja por su cuenta y un 6% no sabe o no contesta.

4. Relacion de catequistas-sacerdotes

En este punto se observa un avance muy notable. La relación catequistas-sacerdotes es muy positiva y muestra un logro de corresponsabilidad eclesial; creo que se están superando clericalismos y que la corresponsabilidad y participación de los seglares en la Iglesia es un hecho. Así parecen confirmarlo los catequistas gallegos y los madrileños cuando afirman que los sacerdotes estimulan el trabajo y la creatividad (35'9% Madrid), comparten responsabilidad en este tema con el consejo pastoral y con el grupo de catequistas (48'5% Madrid, 32% Galicia), nos facilita medios y estimula nuestro trabajo (47% Galicia).

Es cierto que todavía no se han superado los problemas y que todavía quedan problemas en las relaciones por clericalismos, desentimientos, etc.

5. Relacion con padres de niños

Generalmente se detectan notables deficiencias en este punto. Los catequistas se lamentan de que los padres se desentienden y no colaboran, se limitan a mandar a sus hijos a la catequesis (46'8% Madrid, 61% Galicia), no colaboran y dificultan el trabajo de catequesis (37'2% Madrid), apenas se tiene relación con ellos (27% Galicia), no se realiza ninguna acción con ellos (16'4% Madrid).

Al mismo tiempo hay que constatar cómo va mejorando esta relación. La Asamblea diocesana de catequesis de Madrid destaca la buena disposición que muestra una tercera parte de los padres para participar de alguna manera en la catequesis de sus hijos, bien sea como catequistas (ya hablamos de ésto en su lugar), bien siguiendo un proceso catequético al mismo tiempo que sus hijos; destaca igualmente la importancia que conceden los catequistas a la colaboración de los padres (para muchos imprescindible) (Madrid, *Asamblea diocesana,* 120).

6. Situacion esperanzadora

Al final de este recorrido por la relación del catequista con la comunidad, podemos reconocer que nos encontramos en una situación calificable de esperanzadora. Se va abriendo paso la toma de conciencia del binomio inseparable de catequesis-comunidad. Este binomio nos pone de relieve una nueva

toma de conciencia en relación con la catequesis. A la hora de la transmisión de la fe —*traditio fidei*— no podemos sustituir o al menos suplir la falta de vida por una buena pedagogía o la falta de comunidad por unas instituciones catequéticas bien montadas. Pedagogía e instituciones serían decisivas si se tratase sólo de unos conocimientos, provechosos si descansan en la vida y la comunidad está a su servicio.

Contatamos, por otra parte, que en no pocos lugares ésto está todavía lejos e incluso se muestran reticencias y oposiciones; como también se constata manipulaciones y reticencias respecto a la participación y corresponsabilidad de los catequistas; pero creo, sinceramente, que esto irá mejorando en el futuro, ya que los datos reflejan una tendencia ascendente.

V.—EL TRABAJO DEL CATEQUISTA

Necesariamente para un estudio del catequista en España tenemos que plantearnos la acción concreta que éste lleva a cabo: qué objetivos tiene, cómo la realiza, qué dificultades encuentra, etc. Ya he abordado sustancialmente este tema en otro estudio publicado en esta misma revista (n. 1 [1982] 45-64) y a él me remito. De todos modos quiero consignar a título de recordatorio algunas respuestas de los mismos catequistas en los estudios que estamos manejando.

Algunas de estas respuestas nos muestran una catequesis renovada; así, afirman que la catequesis normalmente se realiza en la parroquia (80%), es un proceso de maduración en la fe (33% Madrid), una comunicación de la fe (38,37% Duero), un testimonio personal de fe (15'33% Duero), una tarea de toda la comunidad cristiana (24% Madrid), encaminado a la formación cristiana (Galicia 19%, Duero 17'76%), a conocer la Palabra de Dios (19% Galicia), a descubrir el sentido cristiano de la vida (19% Galicia), a vivir experiencias cristianas en comunidad (10% Galicia), a madurar como personas cristianas (10% Galicia), a iniciar en la oración (7% Galicia), a hacer personas adultas en la fe (26'9% Madrid), a iluminar las realidades de la vida a la luz del evangelio (28'6% Madrid) y a formar la comunidad cristiana (15'6% Madrid). Es una catequesis centrada en la persona de Cristo (38'1% Madrid) y en la experiencia humana del grupo (31'8% Madrid) y que busca adaptarse a las necesidades de los destinatarios (8'9% Madrid). Sus frutos principales serían la vivencia de la fe en la comunidad, un mayor conocimiento de lo que significa ser cristiano y un compromiso en favor de la justicia (Madrid, *Asamblea* 138).

Otros datos, por el contrario, nos reflejan la pervivencia de una catequesis de corte preconciliar con un índice relativamente alto. Así se ve a la catequesis en función de unos sacramentos que hay que recibir (17% Ma-

drid), reducida a la edad infantil (16% Madrid) y con una finalidad de aprender el catecismo (10% Galicia) y las verdades de la fe y de la moral cristiana (7% Madrid) y actuar conforme a esta doctrina y moral (13% Madrid) y recibir los sacramentos (9% Madrid). Sus centros de interés serían los sacramentos (14% Madrid) y la moral cristiana (4%). Uno de sus frutos sería el que los niños sepan más doctrina (12% Madrid).

Otro indicador que nos esclarece el trabajo o la acción del catequista son las dificultades que ellos estiman encontrar en su propia tarea. De estas dificultades destacamos: la contradicción entre lo que se dice en la catequesis y el ambiente que vive la gente (34'29% Duero), la propia persona (15% Galicia), el no saber cómo dar catequesis (11'16% Duero).

VI.—LA FORMACION DE CATEQUISTAS

Abordamos, por último, cómo se encuentra la formación de catequistas en España. Creo que contamos con catequistas poco formados, así lo reconocen ellos mismos al estimar su formación como «regular» (Galicia 51%) o cuando reflejan como mayor necesidad la de una mayor preparación (Duero 35'32%). «Es un dato sobre el que no se puede pasar a la ligera. Así como hay que ser sinceros al reconocer el hecho de que una catequesis está confiada a personas que reconocen su escaso nivel de formación, resulta altamente positivo el hecho de ser conscientes de tal limitación, puesto que constituye el trampolín desde el que se puede iniciar una formación bien pensada y trabada que dé salida a la necesidad sentida» (Duero, *Estudio sociológico* 31).

A través de las respuestas dadas a la pregunta sobre qué condiciones exigirían para ser catequistas, que ya vimos más atrás, ponen de manifiesto que el acento lo sitúan en la identidad personal como creyente: en el testimonio de fe y de vida. Más en concreto los catequistas gallegos confiesan necesitar una formación espiritual — vivencia de la fe cristiana (23%), formación teológica — conocimiento del mensaje cristiano (22%), formación pedagógica — conocimiento de técnicas y métodos (28%) y una formación antropológica — conocimiento del niño y su mundo (25%). Consiguientemente una formación que iría en la línea del *ser,* del *saber* y del *saber hacer.*

¿Cómo y dónde se preparan los catequistas? Ya hemos indicado en su momento que el mismo itinerario como catequistas —la acción concreta de catequesis y las correspondientes sesiones de preparación de las mismas— es una fuente básica de formación en la actualidad, además bastante efectiva como hemos podido apreciar, aunque no deja de tener sus lagunas normales. Este dato lo confirman ellos mismos cuando responden a cómo les ha ayudado la catequesis personalmente como catequistas y cuando, además, seña-

lan que su formación es a través de reuniones con otros catequistas (41'91% Duero, 44% Galicia), por preparación personal (17'10% Duero, 18% Galicia), por la experiencia de los años (12% Galicia), la marcha del trabajo de catequesis 47'2% Madrid). Sólo una pequeña parte se ha formado a través de escuelas de catequistas o cursillos, aunque reconocen que la formación para ser catequista debería pasar por una escuela adecuada (34% Madrid).

No es cuestión tratar aquí los planes de formación de catequistas a distintos niveles que sería objeto de un estudio aparte (Véase en este mismo número de la revista la sección de experiencias y el boletín bibliográfico sobre este tema). Sin embargo sí que me permito llamar la atención sobre la formación catequética que reciben los aspirantes al sacerdocio en España. Es un hecho que en algunos Centros teológicos —facultades o seminarios— no se proporciona ninguna formación catequética y en algunos otros resulta a todas luces insuficiente. No es necesario hablar del papel fundamental que juega el sacerdote, sobre todo en parroquias, en el campo de la catequesis; a todos nos es claro. Si ésto es así, ¿por qué ese «descuido» en la capacitación catequética en el proceso de su formación?

VII.—CONCLUSION

Hemos hecho un recorrido por una serie de aspectos que nos dan una visión sobre la situación del catequista en España hoy. Sin duda es un recorrido parcial y con lagunas; algunas son insuperables por carencia de estudios completos y generales. Hemos intentado elaborar una radiografía de los catequistas; ahí quedan los datos. Ahora nos toca arbitrar orientaciones y cauces para su formación.